

## LA CREACIÓN DE VALOR\*

Alejandro JUNCO

Estoy consciente de que en este foro se han discutido cientos de grandes temas. Por mi parte, sólo quiero tratar dos... quizá pequeños. Pero antes de describirlos me gustaría ponerlos en contexto, haciéndoles un par de preguntas:

*Pregunta 1.* Cuando ustedes leen acerca de ese flujo interminable de ciudadanos mexicanos que llevan rumbo norte, buscando una mejor vida y que luego mandan muchas remesas, ¿cumplimos o fallamos como país?

*Pregunta 2.* ¿Les ha tocado ver cómo es que conforme los mexicanos se acercan a la frontera, van cambiando su comportamiento?

Van en el coche tirando papeles, pasándose el alto, con el cinturón desabrochado, echando relajo. Cruzan y no sólo se vuelven ordenados, sino altamente productivos.

Según un estudio reciente de la Universidad de Georgia, los mexicanos que cruzaron y viven en Estados Unidos generarán este año una riqueza equivalente al 70% del producto interno bruto (PIB) de México.

A los que estamos en este salón nos va a tocar atestiguar, para fines del sexenio entrante, cómo una minoría de pobres, desposeídos, ignorantes y desesperados seres que salieron de México sin más activos que la ropa que traían puesta, producirán más riqueza que los 115 millones de mexicanos que seremos en ese entonces y que nos quedamos con petróleo, gas, instalaciones industriales, dinero, educación, etcétera.

Esta estadística representa una enorme pérdida de oportunidades.

El PIB generado por nuestra gente del otro lado del Río Grande es un recordatorio de lo que pudo haber sido y no fue.

No importa, dirán muchos. Eso ya quedó atrás, mañana será un nuevo día, tenemos una nueva democracia y pronto le daremos la vuelta.

\* Versión estenográfica.

Quizá, pero no al menos que enfrentemos dos pequeños asuntos que dan respuesta a las dos preguntas que formulé. Y no me refiero a algunos de los grandes temas que hemos estado debatiendo últimamente:

- Reforma eléctrica.
- Contratos de servicios múltiples.
- Segunda vuelta electoral.
- Incremento en recaudación.
- Pensiones.
- Reelección.

Todas estas cuestiones son importantes y está bien que las tratemos, pero veo que cometemos un error en la forma que debatimos estos temas.

En la revista *Letras Libres* recientemente publicaron de la Torre de Babel que tenemos en México. Mucha gente hablando en muchas lenguas, nadie entendiéndose. Todos pretendiendo avanzar con la mejor de sus intenciones en interés de nuestra democracia.

Pero somos muchos, tenemos muchas facciones y cada facción tiene su propio lenguaje ideológico. Si crees en un sistema de mercados hablas el lenguaje de esa ideología. Si crees en un Estado benefactor hablas el lenguaje de otra ideología.

Hay muchas ideologías, muchas facciones, muchas lenguas y muchos dialectos, cada uno quiere ganar el argumento, cada uno cree en la justicia de su causa.

El problema para nuestro barco, llamado México, es que mientras todos discutimos el rumbo, no vemos que hay un par de boquetes en el casco y el agua ya está entrando a los camarotes de abajo.

La productividad de los coreanos creció 7.4% el año pasado, la de los norteamericanos 4.7% y la de los mexicanos en aquel país 9%.

¿Saben cuál es la cifra de los mexicanos de acá? 6.5%, pero negativo, menos 6.5%. No crecimos... decrecimos. Necesitamos tomar distancia y ver un panorama más amplio.

Pensemos por un momento acerca de esos millones que han sufrido el drama humano de dejar patria, familia, cultura y lenguaje para forjarse una nueva vida en un país ajeno. La gente no hace eso tan fácilmente. Lo hace cuando no hay opción, cuando la alternativa de quedarse aquí es demasiado descorazonada para contemplar.

En cualquier ideología a la que nos suscribamos hay un punto en el que estamos de acuerdo, queremos que el éxodo termine. Cada vez que otra persona sale, nuestro país muere un poco.

Queremos —todos nosotros— crear el tipo de país que pueda sostener y mantener a su gente. Queremos que puedan vivir aquí, con un prospecto de mejores días. Queremos consolidar nuestra democracia.

Para lograrlo debemos pensar muy cuidadosamente acerca de esos dos boquetes en el casco de nuestro barco a los que me referí anteriormente.

¿Cuáles son? El primero es la forma en que pensamos acerca de la creación de valor.

Hace 15 años nos dijeron, con el famoso Consenso de Washington... y seguimos ciclados en aquella receta: “ustedes privaticen, abran fronteras, reduzcan el déficit fiscal, bajen inflación e inexorablemente, inevitablemente, llegará el desarrollo económico, se arreglarán los atrasos, la pobreza y la emigración”.

La triste realidad ha hecho caer por tierra tanta lindura. No fue cierto que se podía ganar un campeonato de tenis con la mirada fija en la pizarra de resultados, en lugar de ver la pelota.

Tratar de entender la problemática del desarrollo analizando los niveles agregados de la economía o la política es como tratar de entender el mundo físico sólo a través de un telescopio.

En la realidad, es el microscopio el que nos ha dado mayores conocimientos de lo que nos rodea al darnos acceso a la operación de los átomos y su interacción con otros átomos y partículas. Lo mismo sucede con el desarrollo de un país.

Aunque es necesario entender y atender los factores macro, adicionalmente necesitamos conocer y respetar qué es lo que hace eficiente o deficiente a la persona y a la interacción de las personas. Sí, esos átomos del desarrollo que conforman empresas, sectores industriales, economías y sociedades enteras.

Ellos, sólo ellos son las fuentes de trabajo productivo de generación de valor de empleos, de riqueza y de desarrollo económico.

Conforme la economía del mundo se vuelve más y más eficiente fabricando, distribuyendo, mercadeando, intercambiando cosas de valor, más deja ver nuestra economía sus puntos vulnerables. Lo digo por las mil y una dificultades para que en México el ciudadano común pueda hacer su vida productiva. La diferencia entre el mexicano de aquí y el mexicano de allá son los miles de impedimentos que les ponemos en el ca-

mino nacional. Y entre más dificultades existan más difíciles se las ponemos a nuestros ciudadanos para reparar el casco, para generar valor.

Piensen, por un momento, acerca de todos los obstáculos que nuestro sistema le pone a cualquiera que trata de iniciar un negocio, de irrigar un predio, de construir un edificio, de contratar la luz, de perforar un pozo de gas o petróleo, de ir de cacería o de pagar impuestos.

No podremos ver todos los ejemplos, por lo que tomaremos un sólo caso.

¿Cuántos de los presentes hicieron su declaración fiscal el año pasado sin el apoyo de un contador o de un abogado? ¿Qué pasa? Estamos todos discapacitados, o es que el reto no está fácil.

De los mexicanos que pagaron impuestos en Estados Unidos, un país con otro idioma, la mitad llenó su declaración personalmente. ¿Por qué la diferencia? Alguien allá se preocupó porque la declaración se llene con el menor esfuerzo. Alguien acá se las ingenió para hacerla lo más complicado posible. Esa es la diferencia.

¿Puede un país enfrentar la competencia mundial cuando la energía de la población y del gobierno se desperdicia innecesariamente? La respuesta todos la sabemos. Las cifras de nuestro desempeño nos la hacen demasiado evidente. El hueco de la improductividad nos está inundando el barco de la democracia.

Pero hay un segundo boquete, al cual me quisiera referir ahora: el de la baja autoestima del mexicano.

En una conversación una persona dijo: “pues tuvimos que hacer una *mexicanaza*”. ¿A qué se refería esta persona? A una solución profesional, bien hecha y duradera, o a un parche mal hecho, ineficaz y temporal.

¿Quién creen ustedes que son los seres con mayor crecimiento en su productividad?: ¿los que tienen alta o baja autoestima?, ¿el que tiene muchas o pocas opciones?, ¿el que tiene alta o baja dependencia?, ¿el informado o el ignorante?, ¿el respetado o el pisoteado?, ¿el dueño o el arrimado?

¿Quién creen que son los ladrones y los secuestradores?: ¿los de alta o baja autoestima? ¿Será coincidencia que esté alta la inseguridad y baja la autoestima? También es casuístico baja productividad-alta dependencia.

Mientras no reparemos esos boquetes de productividad y autoestima seguirá entrando el agua en el barco. Ningún rumbo político, ninguna negociación, ninguna ideología será suficientemente buena si nos estamos hundiendo.

Por el contrario, si la consolidación de nuestra democracia la enmarcamos en el lenguaje común de crear valor y autoestima, entonces se nos abre un inmenso panorama.

El mexicano que vive en el exterior puede construir, contratar la luz, iniciar un negocio, dar empleo, perforar un pozo o hacer una llamada telefónica en una fracción del esfuerzo, tiempo y dinero que requiere nuestro país. Piensen, por ejemplo, en lo que significa para nuestra economía que más de la mitad de la tierra de este país no tenga un único e indiscutible dueño. ¿Quién crea valor en un terreno del cual no es propietario?

El problema de los problemas es que al debatir nuestras diferencias anteponeamos dogmas, perdemos los referentes y olvidamos el fin último de que el ciudadano genere valor.

No estamos considerando, por ejemplo, cómo lograr que las cumbres dominantes de la economía, mayormente en manos del gobierno, apoyen el esfuerzo del ciudadano.

Debiéramos valorar el punto de vista de un muy bien conocido ideólogo, quien mostró ser muy pragmático a la hora de iniciar la transformación de China. Den Xiaoping decía que a él no le importa si el gato era blanco o negro... mientras atrapara ratones. Necesitamos volvernos más pragmáticos para atacar los ratones de la improductividad, estar más orientados a la creación de valor.

Veo gente muy bien intencionada en la arena política, pero distraídos y desgastados en esgrimas y argumentaciones, en revanchas y vendettas, preocupados por ganar escaramuzas, sin saber cuál es la guerra.

Lo que falta debatir es ¿cómo avanzar en la causa del valor nacional?; ¿cómo eliminar aquello que distrae, complica y quita tiempo innecesariamente a los ciudadanos, aquello que maltrata su autoestima y vulnera su productividad? En nuestra democracia, entre más tiempo y esfuerzo inútiles se le exija al ciudadano más cedemos espacios de competitividad, más perdemos oportunidades de cortar nuestra brecha de desarrollo.

A lo largo de décadas hemos creado leyes paternalistas que protegen el salario y defienden a la planta laboral. Por ello resulta extraño que millones renuncien voluntariamente a sus derechos y a estas “protecciones generosas”.

Los mexicanos que están allá arriesgaron su vida escondidos en trailers, en furgones de ferrocarril, colgados de autos, arrastrándose por el desierto, nadando, desafiando condiciones tan peligrosas como adversas, insolación, deshidratación, balazos, frío, hambre, sed.

Hay 20 millones de mexicanos en los Estados Unidos, ¿cuántos millones más van a huir de nuestra “protección”?

Lo preocupante es que en el siguiente lote vayan hijos y nietos de los que estamos aquí y que por no cambiar de paradigma ahora los nuestros se tengan que enfrentar a la tragedia humana de dejar casa, tierra, idioma, cultura y familia en búsqueda de oportunidades.

Por ello los quiero exhortar a que cada discusión, cada posibilidad de reforma y cada nueva ley la veamos desde la perspectiva de cómo le quitamos al individuo cargas innecesarias; cómo les rompemos ataduras que generan dependencias, bajan la autoestima y dan paso a la criminalidad y al estancamiento.

Una democracia representativa es para representar al individuo, no para protegerlo, atándolo con mil candados para cada actividad, esclavizándolo al exigir dedicar tiempo a trámites inútiles y secuestrando el esfuerzo de toda nuestra sociedad.

La transformación que les propongo no es cosa de dinero ni de inversión ni de infraestructura, y más que un gran salto implica miles de pequeños pasos hacia delante que cada uno puede dar.

Desesperadamente necesitamos que nuestro país se embarque en un cambio de actitud, y ustedes pudieran ser los abanderados de ese cambio.